LA FE

LO QUE ES

Kenneth hagin

Capítulo 1

La Diferencia Entre la Fe y la Esperanza

"Es pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" **Hebreos 11:1**

La traducción del Nuevo Testamento hecha por Moffat reza así: *"Pues, la fe quiere decir que tenemos la confianza de tener lo que esperamos, persuadidos de lo que no vemos"*. El Espíritu por medio de Pablo nos dice que la fe es el apoderarse de las ilusiones de la esperanza, para traerlas al ámbito de la realidad.

La fe, como sabemos, nace de la Palabra de Dios, como dice **Romanos 10: 17**: *"Así que la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios"*. Otra traducción dice: *"La fe es el instrumento de garantía que ahora es suya la cosa que anhelaba tener"*. Es la convicción, según el texto, de lo que no se ve. Por ejemplo, espera usted el dinero para satisfacer una deuda, pero la fe le da la seguridad de tener el dinero a tiempo. Espera usted tener las fuerzas que su trabajo requiere, pero la fe dice: "Dios, la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?" Pues, la fe dice la misma cosa que dice la Palabra de Dios.

La incredulidad se declara en contra de la Palabra de Dios. Triste es que tantos creyentes expresen la incredulidad y se pongan en contra de la Palabra de Dios. Entonces quieren saber por qué la Palabra de Dios no produce resultados en ellos. No les aprovecha porque se ponen en contra de ella. Si quiere que la Palabra de Dios le beneficie, concuerde con ella.

El mejor modo de averiguar lo que algo es, es establecer lo que no es. Si sabe lo que no es, puede ver más claramente lo que es. Procedamos de ese modo.

Primeramente, fe no es esperanza. Demasiadas veces cuando se trata de recibir el Espíritu Santo, de ser sanado, o de ver contestada una oración, muchísimos meramente esperan recibir. Pero el esperar no hace nada; sólo el creer.

La fe es del presente: si no trata del presente, no es fe. "Creo que recibiré el Espíritu Santo algún día" no expresa fe, sino esperanza, porque la esperanza siempre señala algo futuro. Pero la fe es siempre de ahora. La fe dice que recibe ahora mismo, que lo tiene ahora. Necesitamos saber esto cuando queremos recibir algo de Dios. Hable así porque son las mismas reglas si se trata de recibir el Espíritu Santo, o de ser sanado, o de recibir la contestación a una oración, o de resolver un problema financiero. El principio de la fe es el mismo en cualquier esfera. Si uno puede aprender el principio de la fe, le será fácil recibir lo que busca de Dios o lo que desea recibir. Por tratar con tantos durante tantos años, yo sé bien que cuando se trata de recibir el Espíritu Santo y de ser sanado, y también de ver contestada la oración, más que suficientes son los que simplemente esperan que Dios oiga, o esperan recibir.

Me acuerdo de una campaña que tuvimos en una carpa en Waco, Texas, hace algunos años. Empezamos un domingo por la noche y prediqué sobre la salvación; el lunes hablé sobre la fe, y el martes sobre la imposición de manos. Después de dirigirme a los perdidos pasamos a imponer las manos sobre los enfermos para la sanidad, y a los creyentes para que recibiesen el Espíritu Santo. Estaban en la misma fila para ambos casos. El primero en fila quiso recibir el Espíritu Santo. Le pregunté: "¿Recibirá usted y será lleno del Espíritu Santo ahora mientras le impongo las manos y oro?"

"Hermano Hagin", me respondió, "ciertamente espero que sí. Lo espero".

"No sucederá", le dije. Se enojó, y para ayudarle añadí: "no se recibe nada de Dios por esperar; es por fe que lo recibe".

"Yo no sé si voy a recibir o no, y por eso no voy a decirlo".

"Si yo le ofreciera un billete, diría usted: ¿No sé si puedo recibirlo o no?"

"Claro que no".

"Dios le ofrece un regalo tan fácil de recibir como un billete que yo le pudiera ofrecer".

"Pues, hace mucho tiempo que busco, serán unos trece años, y hasta ahora no he recibido nada. No sé si recibiré".

Tanto se turbó que le di un abrazo y le dije: "Hermano, estoy aquí para ayudarle. No daría ningún resultado si yo impusiera las manos en su cabeza y orase por usted. Estando

como está usted, por más que lo hiciera, usted no recibiría nada. Le sugiero que se siente en el primer banco para mirar y ver lo que pasa y escuchar lo que se dice, y verá la diferencia entre creer y esperar".

Oramos por varios que buscaban sanidad, y entonces llegó una señorita que deseaba recibir el Espíritu Santo. Le pregunté: "¿Es usted creyente?"

"Soy miembro de la iglesia bautista", respondió ella.

"Ya ve que pudiera pertenecer a cualquier iglesia y no ser creyente. Creyente no quiere decir ser miembro de una iglesia, sino ser nacido de nuevo".

"Sí, lo sé; yo he nacido de nuevo".

"¡Qué bien! Pero no deje que el diablo le desvíe. ¿Cree usted en el Espíritu Santo? (Sé que no todos lo creen, siendo antes yo bautista). ¿Cree usted en el bautismo del Espíritu Santo y en hablar en lenguas?"

"Claro que sí. Está en la Biblia; está en la Palabra".

"¿Recibirá usted el Espíritu Santo ahora cuando le imponga las manos en su cabeza y ore?"

"Sin duda. Oiga, sentada allí seguí cada pasaje que citó en su predicación, y allí está todo. Está en la Palabra la imposición de las manos para recibir el Espíritu Santo. Por cierto lo recibiré".

Vi que ella estaba lista. Vi la fe en acción. Extendí la mano derecha y antes de tocarla, ella levantó las manos y de hecho habló en lenguas.

Dije al señor que observaba todo: "¿Ahora ve usted lo distinto que es el creer del mero esperar que reciba el Espíritu Santo?"

"Parece que sí", me contestó.

En la noche del viernes volvió. Tuvimos imposición de manos esa noche también para los que querían ser sanados y para los que querían ser llenos del Espíritu Santo. Aquel señor fue el primero en presentarse. Le dije: "Veo que ha regresado".

"Sí", dijo, "Aquí estoy y puedo decirle que he cambiado mi esperanza por la fe. Ponga las manos sobre mí y seré lleno del Espíritu Santo ahora".

Extendí las manos, y al tocarle vi sus manos en alto, y enseguida habló en lenguas.

¡Ay! la diferencia que hace cuando uno de veras cree a Dios, y no se contenta con esperar que reciba el Espíritu Santo, o la sanidad, o la contestación de una oración, o

dinero. En realidad aquel señor no había buscado nada por trece años, simplemente esperaba recibir el Espíritu Santo. Y no se recibe nada por esperar.

Jesús dijo: "Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis". No esperad, sino creed. Para aclararlo, si quiere usted saber si cree a Dios o si espera nada más, puedo decirle que la esperanza está en tiempo futuro. La esperanza mira adelante. Si usted busca ser sanado, no es en el futuro que quiere ser sanado, es ahora mismo, mayormente si sufre mucho. Si usted busca el Espíritu Santo, no es en el futuro que desea ser lleno del Espíritu, porque si usted lo aplaza, quedará sin suceder, es ahora cuando usted desea recibir.

Si uno desea la salvación, no es en el futuro ya que puede llegar a ser demasiado tarde. Sí, he hablado con hombres acerca de la salvación de su alma, y unos me decían que esperaban ser salvos; pero con dolor le digo que algunos de ellos están en el infierno. Dejaron este mundo sin ser salvos porque la salvación que se espera nunca llega.

Si usted hablara con alguien de su salvación, y le dijera a usted que esperaba ser salvo, usted le diría lo que dice a Biblia. Le diría que **Efesios 2:8** dice: *"Por gracia sois salvos por medio de la fe"*. Le diría que Jesús dijo: *"Al que a mí viene, no le echo fuera"*. Le diría que Pablo dijo en **Romanos 10:13**: *"Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo"*. Le diría que Pablo dijo en **Romanos 10:9-10**: *"Si confesores con tu boca que Jesús es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación"*. Procurará usted convencerle a dar el paso sin demora. Pero sabe usted que en cuanto a recibir el bautismo del Espíritu Santo, o en sanar el cuerpo, o en recibir lo que se pide se refiere, tropezamos con el mismo obstáculo. Esperamos que Dios oiga nuestra oración; esperamos sanarnos; esperamos recibir el Espíritu Santo. "Creo que lo recibiré algún día" no es más que esperanza. Aunque use la palabra "creo", lo deja en el futuro. Es esperanza.

Nótese que el texto dice: *"Es, pues, la fe . . ."* Se trata del tiempo presente. Si no es ahora, no es fe. La fe es del presente. La esperanza es del futuro. Aunque diga usted que cree, si lo pone en el futuro, no cree, sino que espera. Por eso no le resulta. Tráigalo al presente.

Algunos siempre creen que Dios va a hacer algo por ellos, pero la fe cree que El lo ha hecho y lo hace. Aún tratándose de la sanidad, muchos dicen: "Hermano Hagin, no entiendo por qué no he recibido mi sanidad. Y sé que Dios prometió sanarme". Dios no ha prometido sanar a nadie. Algunos preguntan: "¿No dice la Palabra de Dios: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias? ¿No es una promesa eso?"

No, no es una promesa. Es una declaración de algo que ya ha sucedido. **1°Pedro 2:24** dice: *"Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos al pecado, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados"*. "¿No me promete la sanidad eso?" ¡No! No promete la sanidad. Le dice lo que le pertenece. He hallado que si puedo conseguir que uno deje de esperar y buscar la sanidad, y que crea, es sanado inmediatamente.

Hace unos años, una señora fue traída a donde yo predicaba. Ella no había dado ni un paso en cuatro años. Tenía unos 70 años, y los médicos habían dicho que ella nunca volvería a andar, que las rodillas ya no le funcionaban. Al estar siempre sentada, aumentó de peso.

Cuando se formó la fila de necesitados, trajeron a la mujer y la sentaron en el altar. Me arrodillé delante de ella, puse las manos en sus rodillas y oré. Entonces le dije: "Ahora hermana, levántese y camine en el nombre del Señor Jesús".

La buena señora se esforzó por levantarse, siempre llorando y orando: "Oh amado Señor Jesús, ten a bien sanarme. Señor, yo sé que prometiste sanarme. Sabes la molestia que he sido a mi familia, y que no puedo hacer nada por mí misma. Amado Señor, hazme el favor de sanarme; sana mis piernas, déjame andar. ¡Ay, ay!"

"Un momento, hermana" le dije "tengo una palabra para usted. Yo puedo ayudarla". Pero sin escucharme, gritaba más fuerte. Volví a decir: "Espere un momento, hermana; tengo una palabra para usted. Puedo ayudarla". Se aumentó su clamor. Por tercera vez yo dije: "Un momento, hermana, un momento. Yo tengo una palabra de Dios para usted. Puedo ayudarla". Ella daba señas de histerismo. Le agarré de los hombros y le di una fuerte sacudida y dije: "Le mando que se calle en el nombre del Señor Jesús". Ella se calló y me miró, pero la muchedumbre puso freno. ¿Sabía usted que un gentío puede ponerle freno? Sin excepción, cuando la muchedumbre le pone freno, no puede usted hacer nada.

Le pusieron freno a Jesús en Su propio pueblo, y El no pudo hacer mucho. La Biblia lo dice. **Marcos 6:5** dice: *"Y no pudo hacer allí ningún milagro"*. No dice que no quiso; dice que no pudo. "*Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos"*. En el griego dice que puso las manos sobre unos pocos con dolencias menores. En otras palabras los pocos de Nazaret que Dios sanó tenían simplemente dolencias menores. ¿Por qué? **Marcos 6:6** dice: *"Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos"*.

Esta congregación me puso freno, y antes de poder hacer algo, tenía que quitármelos. Si no me libraba, no podría ayudar a la mujer. Si la gente se diera cuenta de eso, ¡qué cambio habría en nuestros cultos y en nuestras iglesias! Tuve que hablar con la gente antes de atender a la mujer. Yo dije: "Algunos pensaron que estaba siendo un bruto con esta mujer".

Algunos alzaron la voz: "Amén, es verdad".

"Ahora quiero hacerles una pregunta, por favor. Si mañana, al usted cruzar la calle un hombre detiene su auto preguntándole cómo se llega a cierto lugar, y después de explicárselo él se da la vuelta para ir en dirección contraria, ¿no trataría usted del atajarlo y ponerlo en el debido camino? Si viera que era forastero, ¿no se esforzaría usted por indicarle el camino correcto?"

"Pues, sí", contestó la audiencia.

"Bueno, esta mujer estaba equivocada. No estaba en camino a la sanidad. Estaba equivocada, y yo no hice más que hacerle parar. Ahora tengo su atención".

No todos, pero suficientes, me quitaron el freno. Les amonesté. "Si quitan el pié del freno un rato, veremos sanada a esta mujer". Me sentí liberado y me volví a la mujer. Pregunté: "Hermana, ¿sabe usted que está sanada?"

Me miró, abriendo los ojos desmesuradamente y dijo: "¿O, sí?"

"Sí", le dije, "está sanada, y puedo comprobárselo en la Biblia". Le alcancé mi Biblia abierta en **1°Pedro 2:24** y le pedí que leyera el versículo en voz alta.

Ella leyó: *"Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos al pecado, vivamos a la justicia; y, por cuya herida fuisteis sanados"*.

"Lea otra vez esa última frase", le dije.

Ella leyó: *"Por cuya herida fuisteis sanados"*.

"Con su permiso quiero hacerle una pregunta. La palabra fuisteis, ¿es del tiempo presente, futuro o pasado?"

"Es del tiempo pasado".

"Si usted fue sanada por las heridas de Jesús, entonces está sanada ahora, ¿no es verdad?"

"Sí, lo estoy"

"¿Hará usted lo que voy a indicarle?"

"Sí, si es fácil".

"Esta es la cosa más fácil que ha hecho en su vida. Alce las manos y los ojos al Señor y comience a alabarle porque está usted sanada, tiempo presente, porque está sanada, no va a estar, está sanada".

Como una niñita alzó los ojos y dijo: "Amado Señor Jesús, me alegro tanto de estar sanada". No había dado ni un paso. No tenía prueba alguna de la sanidad, y sin embargo, dijo: "Me alegro tanto de estar sanada, amado Señor. Tú sabes cuánto me aburrí sentada estos cuatro años. Gracias a Dios, mis rodillas están bien, mis piernas están sanadas. Tengo tanta gratitud".

Entonces dije a la congregación: "Demos gracias a Dios por ella porque está, no va a estar, sino que está sanada". Le fe es del presente. Hay que ponerla en el presente y las cosas saldrán a su favor.

La mayoría de los presentes alzaron las manos y alabaron a Dios con ella porque estaba sanada. Sin duda algunos decían: "No está sanada; no ha caminado; no ha dado ni un

paso aún". Pero nuestro texto dice: *"Es pues, la fe ... la convicción de lo que no se ve"*. El que espera hasta ver algo para creer, no tiene nada de fe. Me dirigí a ella y dije: "Hermana mía, en el nombre de Jesús levántese y camine". Inmediatamente la mujer brincó del altar como una joven, caminó, saltó, corrió y glorificó a Dios.

Me acuerdo de otra ocasión cuando después de un culto, una señora me dijo: "Hermano Hagin, quisiera que usted se pusiera de acuerdo conmigo. Le oí en su mensaje usar el pasaje de **Mateo 18:19**: *"Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos"*.

"Muy bien, hermana", le dije, "¿acerca de qué quiere que me ponga de acuerdo con usted?"

"¿Tengo que decírselo?"

"Claro que sí. No puedo ponerme de acuerdo acerca de algo cuando no sé lo que es. ¿Cómo sería posible?"

"Pues, mi esposo tiene un buen empleo y ha trabajado con empeño, pero por una emergencia hemos prometido pagar dentro de 30 días cien dólares y no los tenemos. No sé de dónde vendrán, pero yo sé que Dios puede ayudarnos y dirigirnos".

"Puede, sin duda. Oremos entonces. Yo voy a orar y usted escuche mi oración y póngase de acuerdo con ella, porque si los dos oramos a la vez, podremos pedir diversas cosas. Pongámonos de acuerdo ahora". Entonces oré y le recordé al Padre que aquí estábamos dos, la hermana y yo, en la tierra, y que El había dicho que si dos de nosotros nos pusiéramos de acuerdo, y lo habíamos hecho, acerca de estos cien dólares que esta señora necesitaba dentro de 30 días, sería hecho. Dije: "Te damos las gracias porque estamos de acuerdo en creer que está hecho. Gracias por ello. Amén".

"¿Está hecho, hermana, está hecho?" pregunté.

Rompió ella a llorar y dijo: "Hermano Hagin, de corazón espero que sí. Espero que sí".

"No está" le dije. "No está porque no estábamos de acuerdo. Usted esperó y yo creí. No hay acuerdo entre nosotros".

Si prestamos completa atención, veremos por qué las cosas no nos suceden. Por cierto no es culpa de Dios que las cosas no resulten, porque Dios nunca falla. Si las cosas no salen bien, no es culpa de Jesús, porque Jesús nunca falla. Dios no cambia, y la oración no le cambia a Dios. El es el mismo antes, mientras y después que usted ora. La oración no cambia a Dios. La oración cambia las cosas pero nunca a Dios. El es siempre el mismo.

Algo que leí años atrás y nunca lo he olvidado, me ha sido de gran bendición a través de los años. Es esto: "Si oro acerca de algo, o pido algo y no lo recibo, hago un cambio, porque algo tendrá que ser alterado antes de verlo contestado. Sé que el cambio no puede ser con Dios, porque con El no lo hay; entonces el cambio tiene que ser conmigo". He seguido este proceder por años y hallo que resulta en el 100% de los casos.

Hemos de darnos cuenta que no podemos sustituir la esperanza por la fe y recibir contestaciones de Dios. No me entienda mal. Si guarda la esperanza en su debido lugar, entonces es una bendición maravillosa y hermosísima, y una realidad para usted. Pablo dijo en **1°Corintios 13:13**: *"Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor"*. No dijo que las otras cosas no tienen importancia. Dijo que el mayor de los tres es el amor. Pero cada uno de ellos tiene su lugar. No se puede sustituir el amor por la esperanza, y no se puede sustituir la esperanza por la fe.

Sin embargo, al tratar con tantos miles de personas a través de los años, yo sé que la gente generalmente basa su oración en la esperanza en lugar de en la fe. Lo sé por sus mismas palabras. Algunos dicen: "Si me quita la esperanza, no me queda nada".

Mi respuesta es: "No, no le quito su esperanza; le muestro simplemente que éste no es el lugar de la esperanza".

Gracias a Dios que tenemos una esperanza bendita. La bendita esperanza de la iglesia es el regreso eminente del Señor Jesucristo, la resurrección de los salvos, el arrebatamiento de los santos vivos, la esperanza de la Gloria, la esperanza de ver a nuestros amados y amigos. Gracias a Dios por tal esperanza. Nos regocijamos en ella, pero todo ello está en el futuro. El vendrá si lo creemos o no. Vendrá porque Su Palabra lo dice. La resurrección sucederá, creámoslo o no. Los queridos y los amigos, siendo creyentes, que han muerto y han abandonado este mundo y han ido al cielo, sin mirar el lo que creemos al respecto, están allí, y volverán con El en Su retorno.

Mi fe no es la que hará regresar a Jesús. No puedo creer que El vendrá hoy y así traerle, porque si así fuere, la iglesia podría creer y con ello traerle. Pero El vendrá ¿no es verdad? Sin embargo, esto es en el futuro, porque yo no sé si será hoy, mañana o en la próxima semana que Jesús vendrá. Sí, sé que viene, y sé que ésta es una esperanza bendita. Sé que es una esperanza purificadora, porque San Juan dijo que todo aquel que tiene esta esperanza en El, se purifica a sí mismo, así como El es puro. Como vemos, se trata del futuro; y, así tiene que ser. Al decir que creo que viene, incluyo el creer en lo que dice la Palabra, y esperar porque está en el futuro. Pero si digo: "Creo que voy a recibir la sanidad algún día", no es en verdad creer. Es una esperanza, y ello no me traería la sanidad.

He visto a gente buena morir diciendo eso, creyentes sobresalientes, que están ahora en los cielos. No les quisiera criticar, ya que no entendían la naturaleza de la fe. Decían: "Creo que El me va a sanar". Eso no es fe; es esperanza. Todo lo que señala algo en el futuro, o mira hacia el futuro es esperanza, no es fe.

Capítulo 2

La Fe es una Acción

Me acuerdo de lo que me contó un amigo mío de una predicadora en los primeros días de los pentecostales, que ministraba a cuatro personas en silla de ruedas. A todos les dijo en voz baja: "Levántese y ande en el nombre de Jesús". Tres se levantaron y caminaron; la cuarta persona no. Esta dijo: "No puedo andar".

"Los otros no podían andar tampoco, pero lo hicieron", fue la respuesta de la predicadora.

Y la predicadora tuvo que alejarse, dejándola en su silla.

Cuando los otros se pusieron a hacer lo que se les dijo, los resultados siguieron. Cuando usted hace lo que dice la Palabra de Dios, o hace lo que el Espíritu Santo le dice al corazón, entonces los resultados vienen. Eso es la fe.

En una iglesia donde yo era pastor, había una señora en silla de ruedas. Sufría de artritis, y un médico le había dicho que su cuerpo iba a quedar tieso, siempre doblado, sin poder enderezarse.

Ella y su esposo no faltaban a ningún culto de cualquier clase; siempre acudían. Yo podía orar por ella y se sanaba de la gripe o de un resfrío. Pero me pesaba que nunca pidiera oraciones para su artritis, aunque otros de la congregación habían sido sanados de enfermedades muy graves. Me molestaba porque yo sabía que era la voluntad de Dios el sanarla. Algunos dirían: "Quizá no era la voluntad de Dios". Pero yo sé que la voluntad de Dios es la sanidad de su pueblo. Eso no quiere decir que hay creyentes que no vayan al cielo porque no son sanados. Simplemente se privan de una bendición aquí en la tierra.

Una tarde un pequeño grupo de la iglesia fuimos a la casa de esa señora para orar con ella, y mientras orábamos, vi claramente lo que Dios quería de mí. Les dije a todos: "Apártense de ella". Me puse al otro lado del cuarto, el cual era bastante grande. "Miren todos", dije, "pero no la toquen. Quédense acá". Entonces señalándola con el dedo dije: "Ahora, hermana mía, levántese y ande en el nombre de Jesucristo". Yo soy testigo, como lo es el grupo allí y mi esposa, de que un poder invisible la levantó de la silla, y ella quedó sentada en el aire. Podía mover los brazos y en seguida buscó con ellos la silla. Al momento se cayó sobre ella. Al instante, del Espíritu de Dios vinieron a mis labios las palabras: "Hermana, no tiene fe ¿no es verdad? Usted no cree que será sanada nunca de esta artritis ¿no es verdad?"

Inmediatamente respondió: "No hermano Hagin, no creo. Voy a morir e ir al sepulcro con ella". Y así fue. No se puede recibir de Dios más allá de la fe actual. ¿Sabe usted lo que habría pasado si ella hubiera cooperado con Dios y con el poder que vino sobre ella? Habría andado. Habría sido sanada allí mismo.

Hay demasiada gente que cree que el poder de Dios, el poder del Espíritu Santo para sanar, va a apoderarse de ellos y obligarles a hacer algo fuera de su voluntad, sin su cooperación. Tal proceder no sería del Espíritu Santo; sería de un espíritu malo. Los espíritus malos obligan, empujan e impelen; pero el Espíritu Santo persuade, sugiere o da un impulso y queda con usted el responder y obedecer.

Yo dirigía una campaña en un pueblo de Texas, y una señora allí escribió a una amiga que viniera a recibir el Espíritu Santo. Llegó y estuvo en dos reuniones nuestras. Pasó adelante para recibir el Espíritu Santo. Le impuse las manos y oré; vino sobre ella el Espíritu Santo con el habla, pero no pude lograr que lo recibiese. Vino por oración una segunda vez. Oré y nuevamente vino sobre ella el Espíritu Santo y le dio el habla. Yo sabía exactamente lo que le sucedía; sin embargo, me di cuenta que iba a tomar bastante tiempo instruir, ayudar y hacerle ver. Se estaba haciendo tarde, así que lo dejé en las manos del pastor.

Cruzando hacia la casa de pastor, vi a la señora en su auto. Parecía tan abatida que le pedí al Señor la forma de ayudarla, y luego el Espíritu me mostró la manera más fácil de hacerlo. Fui hacia ella y abrí mi Biblia en **Hechos 2:4**. Le pedí que leyese en voz alta y leyó: *"Y fueron todos llenos del Espíritu que les daba que hablasen"*. Le dije: "Hermana, ¿quiénes dice la Escritura hablaron en lenguas?"

"Dice que fue el Espíritu Santo", respondió. Le hice volver a leerlo y a la cuarta vez sospechó algo, y leyó despacio: *"Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar. . ."* Entonces algo asombrada dijo: "Pues ellos lo hicieron". Tomó mi Biblia y la examinó para ver si era la misma que ella tenía, y lo era. Entonces dijo: "Siempre he creído que era el Espíritu Santo el que hablaba".

Le dije que ya lo sabía, pero propuse leer otras Escrituras, para no basarnos en una solamente. Leímos **Hechos 10:44-46**: *"Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios"*.

"Oh, lo veo", exclamó ella.

"Muy bien" le dije. "Ya tenemos dos testigos. Tengamos tres. Busque **Hechos 19:6**".

Leímos*: "Habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban"*.

"Sabe, hermano Hagin", me dijo, "si me hubieran llamado a testificar ante un juez, y un abogado me hubiera preguntado quién hablaba en lenguas, yo hubiera dicho que era el Espíritu Santo y hubiera creído decir la verdad".

"Quiero hacerle una pregunta", le dije, "cuando le impuse las manos allí ¿vino sobre usted el Espíritu Santo? ¿Le sobrevino el poder de Dios?"

"Absolutamente".

"¿Quiso su lengua decir algo en otra lengua?"

"Pero, costó todas mis fuerzas el impedirlo".

"No debe impedirlo, sino cooperar con ello".

Cuando el Espíritu Santo da el habla, hay que tener fe para ponerla en acción. Y ella inmediatamente empezó a hablar en una lengua hermosísima.

En una ocasión yo conversaba con un individuo que había esperado en Dios por 15 años. No tardó en decirme: "Usted no puede decirme nada que yo no sepa acerca de esperar en Dios. Lo sé todo acerca de buscar a Dios". Puede que supiera buscar, pero no sabía recibir de Dios. Hay una gran diferencia entre los dos.

Un evangelista, amigo mío, dijo que estaba en la iglesia orando una mañana, cuando entró un hombre, quien le apretó la mano y luego le dijo: "¿Quiere saber algo? Hace 19 años que busco el Espíritu Santo". Parecía orgulloso del ello.

Aquél le dijo: "Usted no ha hecho tal cosa. Jesús dijo:"El que busca, halla". Si hubiera buscado, hubiera hallado. "Todo lo que ha hecho es estacionarse junto al altar". Estacionarse es todo lo que algunos hacen. Es hora de moverse y hacer lo que indica la Palabra de Dios ya que la fe es lo que lo hace.

Una vez me encontraba en una iglesia donde estaba un hombre al que se le habían quemado las piernas, tanto que no podía andar. Simplemente raspaba el suelo. En cierto culto, cuando teníamos una fila de personas queriendo ser sanadas el Señor por medio de Su Espíritu me dijo que hiciera que todos los lisiados de las piernas se presentasen primero. Aquél vino, el primero de unos doce. Esperé hasta que todos estaban delante de mí para decirles que Dios me había dicho que hiciese esto. Me dirigí a este hombre:

"¿Puede usted correr?"

"¡Ay, Dios mío! No puedo andar, mucho menos correr".

"El Señor me ha dicho que yo le diga que corra".

No se detuvo para pensar. Dio la vuelta y echó a ¡repelerse hacia adelante a toda prisa. Tres veces dio la vuelta al auditorio y a la tercera vez el Espíritu del Señor vino sobre mí. Salté de la plataforma, le agarré de la mano y corrí con él. Al llegar al púlpito estaba caminando sin arrastrarse, de manera normal. Quedó perfectamente sanado. Si yo no hubiera conseguido su cooperación en esta acción, no podría haberle ayudado.

La fe actúa según la Palabra de Dios, según lo que nos indica en ella o según lo que nos dice el Espíritu.

Recuerdo que en el culto de la noche siguiente, habían dos señores ancianos que respondieron a la llamada de salvación. No es muy común que personas ancianas lo hagan. Tanto se parecían que yo les creí gemelos. Resultaron ser hermanos de 74 y 72 años. Se me dijo que estos eran los vecinos más cercanos del hombre que había

sido sanado la noche anterior. Lo vieron en el patio y creían que se había arrastrado hasta allí. Pero después de poco lo vieron enderezarse, sano, normal y dar la vuelta a la casa. Se apresuraron a ver lo que le pasaba, y él les contó como fue sanado y lo que el Señor había hecho. Por eso los dos asistieron al culto y fueron salvos. Uno fue lleno del Espíritu Santo. Algo milagroso tenía que haber ocurrido para convencerlos.

Capítulo 3

La Fe se Apropia de la Respuesta, Ahora

La fe dice: "Es mío. ¡Lo tengo ahora!" La esperanza dice: "Lo tendré algún día". Mientras espere nunca se materializará; nunca llegará a ser. Pero el momento en que empiece a creer, resultará.

Esa es la lección que aprendí en el lecho de dolor hace muchos años. Había estado en cama por 16 largos meses. De hecho, había estado enfermo toda mi vida; nunca corrí ni jugué como otros niños, no conocía una niñez normal, y a los 15 años de edad quedé confinado a la cama. Cinco médicos, uno de ellos de la famosa Clínica Mayo, dijeron que nadie en mi condición había vivido más de 16 años, según los archivos de la medicina. En mi décimo sexto año de vida me hallaba en cama.

Gracias a Dios por tantos libros buenos y provechosos que hay en estos días. Casi no habían libros en aquel entonces. Al menos no llegaron a mis manos. Yo era un joven bautista que leía la Biblia metodista de mi abuela, pero gracias a Dios que decía lo mismo que dice mi Biblia del Evangelio Completo. Yo lloraba y oraba diciendo: "Amado Señor Jesús, por favor sáname". Pasé noches enteras orando. El estar en cama 24 horas del día da tiempo para bastante oración. Les aseguro que pasaba horas orando, día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Era salvo, nacido de nuevo pero mis oraciones no daban resultado. Oraba y tenía la impresión que Dios me sanaba. No es que oyera a Dios diciéndome que me había escuchado, pero tenía un sentido espiritual. Sintiéndolo yo ponía la mano sobre el corazón. Latía mal y mis piernas aún estaban paralizadas; eran hueso y piel sin carne. Rompía a llorar diciendo: "Señor, creí que ibas a sanarme. Lo sentí en mí. Me convencí, pero no fue". Me quedé anonadado. Por un mes no quise mirar la Biblia. Decidí abandonarla y darme por vencido. Luego descendía nuevamente a las puertas de la muerte, y me agarraba a la cabecera de la cama hasta gastar toda su superficie.

Luché contra la muerte con todo mi ser, volví a la Palabra de Dios, y aunque no veía en qué me equivocaba, recibía un tanto de ayuda, salía de los ataques, pero aún no recibía mi sanidad.

Finalmente, el segundo martes de agosto de 1934, despué de pasar 16 meses en cama, como a las ocho y media de la mañana le dije al Señor: "Amado Señor Jesús, cuando estabas aquí en la tierra, dijiste en **Marcos 11:24**: *"Todo lo que pidieres orando, creed que lo recibiréis y os vendrá"*. Amado Señor Jesús, si estuvieras aquí pudiera verte con estos ojos como puedo ver a mi mamá, y si pudiera alargar la mano y ponerla sobre la tuya o tomar tu mano entre las mías como la mano de mi madre, y si me dijeras: "Hijo lo que te pasa es que no crees"; sin arrogancia tendría que decirte: "Amado Señor Jesús, es mentira, yo creo".

Cuando dije esto, El me habló. Ese día descubrí el secreto de la fe. Aunque Jesús no habla en voz audible, como voz humana, ni está aquí corporalmente; el Espíritu Santo está aquí, y El no hablará de Sí, dijo Jesús, sino que todo lo que oyere, eso hablará.

El Espíritu Santo oyó a Jesús decirlo, y El lo dijo a mi espíritu. En mis adentros se pronunciaron estas palabras: "Sí, crees bien hasta donde entiendes". Es natural que uno no puede creer lo que no sabe. Aquí está el motivo del fracaso de tantos. "Sí, crees bien hasta donde entiendes, pero aquí entra el versículo de la Biblia que dice: *Creed que lo recibiréis y os vendrá*".

¡Lo vi! Fue como si alguien hubiera prendido una luz dentro de mí. Lo vi. Dije al instante: "Amado Señor Jesús, lo veo. ¡Lo veo! Tengo que creer que recibo mi salud. Tengo que creer que recibo la sanidad aunque mi corazón no funciona bien. Tengo que creer que recibo la sanidad de mis piernas aunque viéndolo humanamente estoy aún paralizado. Y si creo que lo recibo, entonces lo tengo".

Nunca había hecho esto. Quería verme sano primero y entonces creerlo. Entonces, no hay para qué creer, porque ya se sabe. Al momento vi lo que había hecho. Tantos meses había esperado recibir mi sanidad y no resultó. Si sigue usted la Palabra y el Espíritu Santo, hará algunas cosas automáticamente. En esta ocasión podía usar las manos más que en otras. Inmediatamente alcé las manos, sin que nadie me lo indicara y sin saber por qué. Alcé las manos echado a lo largo de la cama, y dije: "Padre Celestial, amado Señor Jesús, gracias a Dios soy sanado. Creo que soy sanado".

Ya lo tenía en el presente. Ya me servía a mí. ¡La fe es ahora! Fe es en tiempo presente. Si no es ahora, no es fe. Me estaba beneficiando en ese momento. Si espero que voy a recibir mi salud, esto no es tiempo presente, no es fe.

"Gracias amado Señor Jesús," yo dije, "por mi salud". Creo que mi corazón está sano. Creo que la parálisis está curada. Te doy gracias por la sanidad de mi cuerpo".

Pasé algún tiempo agradeciendo al Señor porque mi corazón estaba sano, mi cuerpo sanado. Pero casi en ese mismo instante Satanás me desafió. Sí, inmediatamente me dijo: "Qué espectáculo eres ahora. Tú, un creyente, y ahora resultas un mentiroso". El diablo suele negar que haya infierno o lago de fuego, pero me dijo: "¿No sabes que la Biblia dice que todos los mentirosos tendrán su parte en el lago de fuego y azufre?"

"Sí" contesté "sé eso, diablo, pero no mentí". Supe que era el diablo porque toda duda o desaliento es del enemigo.

"Sí, mentiste. Dijiste que estabas sanado y no lo estás. Examina tu corazón".

Inconscientemente me toqué el pecho y luego le di un golpe a Satanás y dije: "Oye diablo, no dije que me sentía sanado. Eso sería mentira, porque no me siento sanado. No dije que se ve que estoy sanado. Eso sería también mentira. No dije nada sobre mi aspecto o sobre mis sentidos. Dije que creo que estoy sano, que estoy sano, y que recibo la contestación de mi oración, y si tú dices que no lo creo, mientes. Eres mentiroso, según lo que ha dicho Jesús. Jesucristo, el Hijo de Dios, cuando estaba en la tierra dijo según **Marcos 11:24**: *"Todo lo que pidieres orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá"*. Jesús lo dijo, y lo que El dijo es verdad; creo eso. Sí, lo creo, lo tendré. Lo creo ahora. Si quieres discutir y argüir, ve a Jesús. No fui yo quien lo dijo, Él lo dijo". Se calló y yo volví a ocuparme en alabar a Dios y en darle las gracias por contestarme.

Después de un rato, oí dentro de mí, en el corazón o en el espíritu, estas palabras: "Crees que estás sanado. Pero los sanados, los sanos, no tienen por qué estar en cama. Necesitan estar en pie".

"Es verdad", yo dije. "Por cierto es verdad. Sí, Señor, es verdad. Voy a levantarme. Gloria a Dios, voy a levantarme".

Creía, pero la fe se apropia; creer es dar el paso, y uno tiene que dar los pasos. Tengo que decir que no tenía mejor aspecto. No me sentía mejor. No sentía nada desde la cintura para abajo. Con las manos me esforcé hasta sentarme, empujé mis piernas y mis pies de la cama, torcí el cuerpo hasta que mis pies dieron contra el suelo como dos pedazos de palo. No podía sentirlos pero podía verlos.

El diablo se entremetía, insistente, metiendo pensamientos en mi cabeza como balas de un mortero: "No puedes andar y lo sabes. No estás sanado y lo sabes. Estás mintiendo, y caerás aquí y yacerás en el suelo. Sabes que no hace 30 días desde que caíste de la cama y tuviste que quedarte en el suelo hasta que tu hermano mayor vino y te alzó y te puso en la cama, porque tu abuela es anciana y tu madre enfermiza, y no pueden alzar ni tus 40 kilos. Ninguno de los vecinos está y tu hermana se ha mudado. Tendrás que quedarte en el suelo hasta las cinco de la tarde, hasta que el abuelo llegue de su trabajo; entonces te pondrá en la cama".

La mejor arma contra el diablo es negarse a prestarle atención. Me puse como sordo, como si sus palabras cayeran sobre el aire. Me agarré del poste de la cama con los brazos, dejando que las rodillas se doblaran. Alcé una mano un poquito y dije: "Gracias a Dios, estoy sanado. Quiero declarar en la presencia de Dios Todopoderoso, y del Señor Jesucristo, y de los ángeles del cielo, en la presencia del diablo y de los espíritus malos que la Palabra de Dios es verdad, y yo creo que estoy sanado. Lo creo".

El cuarto parecía dar vueltas porque hacía 16 meses que yo estaba en cama. El suelo, el techo, los muebles giraban. Cerré los ojos y continué abrazado al poste de la cama. Cuando me parecía que las cosas ya no giraban, abrí los ojos y dije de nuevo: "Gracias a Dios, según la Palabra estoy sanado". Lo creí y sentí algo. El sentir me vino como una miel tibia derramada en mi cabeza. Comenzó en la corona y corrió abajo en mi cuerpo. Cuando llegó a la cintura siguió hasta la punta de los dedos de los pies. Todos los nervios de las piernas entraron en acción, y el sentí como si dos millones de alfileres me hincaran. Quise llorar pero me sentía demasiado feliz. ¡Tanto tiempo sin

sentir nada! Aguanté hasta que pasó y me sentí normal. Nada de parálisis. Dije: "Voy a andar ahora". Lo hice y he seguido andando.

De esta manera aprendí lo que digo. Enseño no sólo la fe, sino también la sanidad. Le fe entra en acción al recibir el bautismo del Espíritu Santo. Eso lo supe cuando vi lo que la Palabra de Dios decía acerca del bautismo del Espíritu Santo. No me detuve para decir: "Si tuviera suficiente fe, podría recibir porque Dios me prometió el don del Espíritu Santo". No. Yo había aprendido el secreto de la fe, el principio de la fe, y procedí según ello.

Sencillamente dije: "Voy a la casa del pastor de Evangelio Completo y voy a recibir el Espíritu Santo ahora". Así que fui, toqué la puerta y le dije: "Vengo a recibir el Espíritu Santo".

"Espere" me dijo, "y búsquelo en el culto esta noche".

"No me costará recibirlo" respondí. Y no me costó, pues no cuesta si uno extiende la mano y recibe.

Capítulo 4

La Esperanza Cambiada en Fe, trae Resultados

Mientras dirigía una campana en Pamona, California, en 1950, conocí a un hombre de 83 años de edad. Este se presentó con otros para recibir el Espíritu Santo. El me dijo que hacía 50 años que buscaba el Espíritu Santo: "Hermano Hagin, mi señora recibió el Espíritu Santo en el avivamiento aquí en Los Ángeles y unos decían que todos los que iban allá recibían el Espíritu Santo, pero yo fui a aquella campana por tres años, a tres cultos diarios. Yo acudí casi sin faltar y busqué el Espíritu Santo sin cansarme, pero no lo recibí".

La segunda vez que le impuse las manos, por revelación supe lo que le pasaba, pero también supe que no lo aceptaría en ese momento ni creería la verdad. El que usted sepa lo que sucede no siempre beneficia a la gente. Ellos tienen que saberlo.

De todos modos, el hombre continuó asistiendo de día y de noche mientras yo enseñaba sobre la fe. Por fin vio la luz. Es curioso que oyéndolo por una semana no lo comprendiera. Fue necesario que lo oyera repetidas veces. Por eso enseño varias veces ciertas verdades. Simplemente, la gente no entiende la primera vez. Por fin, después de estar en todos los cultos durante diez días me buscó y dijo: "Hermano Hagin, recién esta mañana he comprendido. Ahora veo por qué no he recibido; nunca he creído. He esperado, solamente, recibir el Espíritu Santo".

"Ya lo sabía, hermano", respondí. "Lo supe la segunda vez que le impuse las manos y oré; me fue revelado, pero también supe que yo no podía hacerle entender en ese momento. Pero sabía que si usted seguía viniendo, lo vería tarde o temprano".

"Usted tendrá que darme un poco más de tiempo".

"Muy bien, hermano, todo el tiempo que quiera".

"Ya ve que hace 50 años que sigo este camino y me va a ser un poco difícil ir en dirección contraria".

"Está bien que tome el tiempo que sea necesario, pero venga siempre a los cultos".

"¿Cómo no? Estaremos día y noche".

Le dije que cuando cambiara su esperanza en fe, yo lo sabría, él lo sabría, y entonces recibiría.

Tres días después, en la noche del viernes, después del culto, él vino al pastor y a mí y dijo: "Hermanos, ¿será posible que impongan las manos sobre mí? He cambiado mi esperanza por fe. ¡Estoy listo! ¡Estoy listo!"

Le pregunté si pensaba recibir.

"Sí" dijo. "Pongan las manos sobre mí y recibiré ahora mismo". El pastor y yo pusimos las manos sobre él, y casi al momento sus manos estaban en alto, su boca abierta y hablaba en lenguas. Por 50 años estaba esperando recibir el Espíritu Santo. Ahora lo recibió.

Recuerdo un caso cuando viajaba solo. Estaba en cierto lugar en una campana y algunos síntomas alarmantes aparecieron en mi cuerpo. Los tuve por tres noches y me quitaban el sueño. El diablo me hablaba (Uno sabe cuando es el diablo el que habla o cuando es Dios el que habla. El diablo habla duda y falta de fe, mientras que Dios no habla en contra de Su Palabra). Aquél me dijo que yo no iba a ser sanado, no esta vez.

Cuando el diablo persistía, me puse a reírme de él. No estaba con ganas de reír, pero me obligué a hacerlo, y reí, sabiendo que el diablo no dejaría de preguntarme el por qué. Y al rato el diablo me hizo esa pregunta.

"Me río de ti", le dije.

"¿Te ríes de mí?"

"Sí, me río de ti".

"¿Por qué te ríes de mí?"

"Tú has dicho que yo no iba a recibir la sanidad, pero ¿por qué quiero recibirla, cuando Jesús ya me la ha conseguido? No pienso conseguir nunca la sanidad, señor diablo. En **1°Pedro 2:24** la Biblia dice: *"Quien llevó él mismo nuestros pecados en su*

cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos al pecado, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados".

Hace casi dos mil años desde que fui sanado por las heridas de Jesús, y eso me pertenece a mí. No estoy procurando tenerlo. Lo tengo". Los síntomas desaparecieron y hasta hoy no han vuelto. Vencí al diablo por medio de la sangre del Cordero y de la palabra de mi testimonio.

Quiero dar un paso más. Miremos **Juan 20:24-29**: *"Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. El les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos, no seas incrédulo sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Jesús le dijo: Porque me has visto Tomás creíste, bienaventurados los que no vieron y creyeron"*.

Pasemos a **Romanos 4:17-21**: *"Abraham, el cual es padre de todos nosotros ... delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen. El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de mucha gente. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido"*. ¿Hay diferencia entre la fe de Abraham y la fe de Tomás? ¡Por cierto que sí! Tomás dijo: "No creeré si no veo la señal y la herida de su costado". Jesús le dijo: *"Porque me has visto, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron"*. Sin embargo, aquí está Abraham, quien *"llama las cosas que no son, como si fuesen"*.

¿Cuál es la fe de la Biblia? La de Abraham, por supuesto, porque nuestro texto dice: *"Es pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve"*. Abraham se halla mencionado en el capítulo 11 de Hebreos, siendo basada la fe de Abraham en estar *"plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido"*. Creyó a Dios y en Su Promesa.

En otras palabras, aquí hay una pequeña fórmula de la fe que puede servirle. Primero, Abraham tenía la Palabra de Dios acerca de ello. Segundo, él creyó la Palabra de Dios. Tercero, no miró a las circunstancias que parecían contrarias. Cuarto, dio gloria a Dios. Siga usted estos cuatro pasos y sin falta llegará a Dios, porque son cuatro pasos seguros a la liberación, la sanidad, la petición o lo que busque.

Nótese la fe de Tomás. Su fe no se basaba en lo que dijo Dios. La fe de Tomás se basaba en sus cinco sentidos, porque dijo que no creería hasta ver. Tantos dicen que cuando lo vean, o cuando lo sientan, entonces sabrán lo que tienen. Pero eso no es la fe de la Biblia. Es la fe natural y humana y cualquier pecador tiene esa clase de fe.

Claro está que la fe verdadera se basa en la Palabra. Tal fe dice: "Si Dios dice que es verdad, lo es". ¡Creer a Dios es creer Su Palabra!"

A mí me gusta citar esto: "No puedo comprender a Dios a través de lo que siento. No puedo comprender al Señor Jesucristo a través de lo que siento. Puedo comprender a Dios Padre y a Jesucristo sólo por lo que la Palabra dice de ellos. El es todo lo que la Palabra dice que El es". Precisamente conocer a Dios el Padre por la Palabra, y precisamente conocer al Señor Jesucristo por la Palabra.

Hay muchos que tratan de conocer a Dios a través de lo que sienten. Cuando se sienten bien, creen que Dios les oyó; y si no se sienten bien, creen que no les oyó. Su fe se basa en lo que sienten, pero mi fe se basa en la Palabra de Dios. Si la Palabra de Dios dice que El me oye, entonces sé que me oye, porque El lo dijo, y Su Palabra no miente. Es decir, si mi fe fuera basada en lo que siento, entonces usaría una fe natural y humana, nada más. Procuraría ver resultados a través de una fe natural y humana, lo cual es imposible. Para ver algo de Dios, tengo que usar la fe de la Biblia, y si mi fe está basada en la Palabra de Dios, entonces creo la Palabra sin reparar en pruebas que satisfagan mis sentidos físicos.

Tantos son los que procuran conseguir la bendición de Abraham a través de la fe de Tomás y eso no funciona. Nosotros los creyentes tenemos la fe de Abraham porque **Gálatas 3:29** dice: *"Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa"*. **Gálatas 3:7** dice: *"Sabed, por tanto, que los que son de fe, estos son hijos de Abraham"*. Entonces tenemos la fe de Abraham. No estamos procurando tenerla, la tenemos.

Me acuerdo de que, en un lugar en donde tuve una campaña, había una predicadora que repetidas veces venía a la fila buscando sanidad y, nunca la recibió. El pastor me preguntó por qué. Dijo que la mujer era muy conocida, y que otros no buscaban la sanidad viendo que ella no la recibía. Pedí al Señor Su ayuda la próxima vez que la vi en fila. Cuando llegué a ella, oré, y cuando terminé, ella se palpó y dijo inmediatamente: "No, todavía no lo tengo. Ore de nuevo".

Oré entonces, y cuando terminé. Volvió a hacer lo mismo. Le dije: "Oraré una vez más por usted y entonces puede ir a sentarse".

El Señor me indicó cómo usarla como ejemplo para ayudar a la congregación. Cuando se dirigió al pasillo la llamé y ella volvió. Le dije: "Hermana, quiero hacerle una pregunta".

"Hágala", contestó ella.

"¿Cuándo va usted a comenzar a creer que está sanada?"

"Pues, cuando sea sanada".

"¿Por qué quería usted creerlo entonces? Me parece a mí que entonces ya lo sabría".

"Diga eso otra vez", me dijo. Le hice esta declaración cuatro veces, y no la entendió. Pero gran parte de la congregación la entendió y muchos se añadieron a la fila y fueron sanados. Ella trataba de recibir aquella verdad con la mente, pero la mente no puede recibir las cosas del Espíritu. Si escucha a su espíritu, algo responde dentro de su ser porque su corazón lo comprende. Toda persona puede creer lo que

siente, oye y ve, funcionando en lo físico mayormente. A veces hay que andar por vista, pero hablo de las cosas de la Biblia, de las cosas espirituales, donde no andamos por vista.

Si la ciencia médica sana, es por lo físico. La llamada "Ciencia Cristiana" sana por la mente. Pero si Dios sana, lo hace por el espíritu: la sanidad espiritual. La sanidad divina se recibe de Dios el Padre tal como se recibe el nuevo nacimiento, que es el renacimiento de nuestro espíritu. Al nacer de nuevo, no es el cuerpo el que vuelve a nacer. Tenemos el mismo cuerpo de siempre. Sabemos que la Biblia dice que si uno está en Cristo, nueva criatura es. No quiere decir que el cuerpo se renueva. No cambia lo físico, pero al ser salvo, el hombre interior, el hombre de dentro que nace de nuevo, se hace otro. El nacimiento de nuevo es el renacimiento del espíritu humano. Jesús dijo: *"Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido de Espíritu, espíritu es"*. Al momento del nuevo nacimiento de uno, no se puede observar lo que le ha pasado adentro, pero pasado el tiempo, sale a luz.

Hemos sido engañados por algunos que han venido al altar. Oran, lloran, saltan, abrazan y parecen tan felices, y entonces no volvemos a verlos ni a oír de ellos. Nos parecía que algo había pasado. Fue algo causado por las emociones, no por el nuevo nacimiento. Otros no demuestran ninguna emoción, y no sabemos si les ha pasado algo o no. No se quedan en el altar mucho tiempo, pero muchos entre ellos llegan a ser creyentes sobresalientes. Muchas veces nuestra fe se basa en nuestros sentidos corporales. Creo en la emoción, pero la pongo en último término. La Palabra de Dios primero; la fe en la Palabra de Dios, segundo; y la emoción, por último. Muchos la ponen al revés y tienen primeramente la emoción, la fe en su emoción, segundo y la Palabra de Dios por último.

No se puede saber al momento lo que ha pasado dentro de una persona, porque es el renacimiento del espíritu humano; pero si anda en la luz que tiene, se verá en el exterior también.

Amigos, la esperanza espera, pero poco recibe. Es una lástima que tantos digan, cuando se trata de la oración: "Espero y oro, oro y espero". ¿Ha oído usted eso? ¿Dice usted eso? ¡Corríjase! La próxima vez que lo diga, dése en la boca y diga: "Ya no; eso no es fe". Se oye esto: "Todo lo que nos queda es orar y esperar". Si eso es todo lo que hace, está vencido.

En cierta ocasión me hospedé en la casa del pastor donde tenía una campaña. Creo que ese pastor era el peor del mundo en decir: "Estoy esperando y orando". Lo repetía media docena de veces cada día. Me asombraba que se sentara en todos los cultos donde yo enseñaba la diferencia entre la esperanza y la fe, pero se le escurría como agua de la espalda del pato. Es por eso que yo sé que tengo que repetir tantas veces estas cosas pues no las entendían.

Un día a solas conmigo, me dijo: "Hermano Hagin, quiero que ore conmigo por algo, si me hace el favor".

"Bueno" le dije "¿qué es?"

"Pues, hay un negociante aquí que no pertenece a mi iglesia, que quiere darme el título de una cabaña cerca del lago, con unas hectáreas de terreno. El debe 900 dólares y me dijo que yo podía pagar algo mensualmente, o él lo podía pagar, y yo

podría pagarle sin intereses. Pero su señora tenía inconvenientes y me ha pedido 30 días para resolverlos".

Dos veces yo le había dirigido una campaña y no le había penetrado. Cuando dijo: "Estoy esperando y orando", le hablé: "Hermano, si eso es todo lo que hace, está perdiendo el tiempo".

Por un momento no sabía que hacer. Abría y cerraba los ojos y yo temía que se desviara del camino. Entonces respondió: "Tiene usted razón. Sí, tiene razón. Iba a decir que perdía mi tiempo y el de Dios también, pero no pierdo el tiempo de Dios. El no me oyó, pierdo el mío no más".

Consiguió el terreno y la cabaña cuando dejó de esperar y comenzó a creer.

La fe es tan sencilla, sea en lo espiritual, en lo financiero o en lo material. La fe es del presente. AHORA ES LA FE. La fe dice: "Lo tengo ahora"

La esperanza dice: "Lo tendré algún día", pero eso no sirve. Deje de orar y esperar. Ponga guarda a sus labios. Desde ahora diga: "Estoy orando y creyendo", y si dice esto, ¡funcionará para usted!